

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

«Este precepto os doy: Amaos
los unos a los otros como yo os he
amado.

(Jesucristo a sus discípulos)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
Calle de Dindurra, 2, pral., iqda.

Dormido sobre el altar

En el poblado de Graverolles, situado en un islote del Sena, vivían unas cuarenta familias. La iglesia del lugar era una capilla provisional, a donde todas las semanas iba algunos días, para celebrar la santa misa, el vicario de la parroquia de Rigny, a la que pertenecía el poblado.

Pedro Hureau, niño de trece años, era el monaguillo del lugar. Con piedad extraordinaria se preparaba para la primera Comunión, que debía recibir en Mayo de 1910.

La mañana del 28 de enero se dirigía Pedro a la escuela de Rigny, y mientras atravesaba el puente, advirtió que el Sena iba más crecido que el día anterior.

Mas no había que temer: el barrio se remontaba a bastante altura sobre el río, y repetidas veces había oído asegurar que era muy difícil una inundación.

Pedro llevaba su cestillo de provisiones debajo del brazo. Andaba masticando pausadamente un pedazo de pan y repitiendo su lección. ¡Extraña lección! Era una fábula de La Fontaine, edición novísima ad usum laicis:

—¡Petit poisson deviendra grand
pourvu que l'on lui prete vie!

El señor cura había mostrado a Pedro una edición vieja en donde se leía el nombre de Dios en lugar de ese l, on, pronombre indefinido, que el niño, indignado, no acertaba a pronunciar.

Al preguntarle el maestro la lección, Pedro recitó imperturbable:

—«Pourvu que Dieu lui prete vie...»

—¡Muchacho!, ¿sabes que el nombre de Dios no puede pronunciarse en este lugar?...

—¡Pero, señor, si es La Fontaine quien lo dice en la fábula!

—¡Insolente! ¡Copiarás tres veces esa fábula! ¡Sabido es que Dios no existe! Eso es una invención de los curas. Los sabios no creen ya en esas cosas.

—Pero, señor, Pasteur era un sabio y creía en Dios.

—¿Quién lo ha dicho?

—El señor cura.

—¡Es un ignorante!

—¿Como Pasteur?

—¡Insolente!

El niño guardó silencio. Sus compañeros, de quienes era muy querido, murmuraron contra el maestro.

Este, furioso, comenzó el dictado:

—El siglo de las luces ha reemplazado a las tinieblas de la ignorancia. El pueblo no cree más en las supersticiones. La ciencia lo ha libertado de los vanos errores del pasado. La ciencia lo pone al abrigo de los terremotos y de las inundaciones...

Los niños se miraron unos a otros, no pudiendo contener la risa, y soltaron, por fin, una carcajada.

Durante dos días el Sena había crecido notablemente. Ningún perjuicio había causado, ciertamente, hasta entonces, mas era de ver cómo, mientras el maestro, en plena clase, declaraba en nombre de la decantada ciencia la imposibilidad de las inundaciones, el famoso río avanzaba en su crecida, majestuoso e imponente...

—Escribid, escribid: El pueblo, a la vista de estas perturbaciones atmosféricas, ya no levantará más sus manos al cielo en súplica, no pasará más en procesión, al través de las villas y de los campos, el pan rancio de la Custodia...

Todos los alumnos dejaron caer la pluma de su mano.

—Señor—dijo Pedro—usted insulta a nuestra Religión y está violando la neutralidad.

—¡Ah!—replicó en son de burla el maestro—¿es también el cura quien os ha dicho esto? Pues bien, escribid o lo pasaréis mal.

—Nosotros no escribiremos jamás semejantes blasfemias.

Y los niños salieron presurosamente de la escuela.

Pedro iba camino de casa triste y cabizbajo. Un peso extraño oprimía su corazón.

Desde una elevación del camino, pudo observar que el Sena había crecido considerablemente durante las horas transcurridas en el día. A lo lejos aparecían praderas inundadas y una vasta superficie de aguas encharcadas, por donde asomaban sus cabezas multitud de árboles casi enteramente cubiertos por el flúido elemento.

La noche avanza y es preciso llegar

a casa cuanto antes. Sigue un camino por él muy conocido; mas a su llegada a Graverolles, advierte que el agua sube hasta alcanzar la altura del puente. Siente miedo y retrocede con espanto. El río se desborda por todas partes e invade la pequeña aldea. Llega a su casa y la encuentra desierta, y las demás también.

Todos los habitantes habían abandonado el lugar. Evidentemente sus padres habían salido por la carretera confiados en encontrarle a su vuelta de la escuela. Precaución inútil por haber seguido distintos caminos. Resuelve, pues, regresar a Rigny sin pérdida de tiempo. Al pasar junto a la capilla, atrae poderosamente su atención la luz oscilante de la lámpara del Santuario. Allí estaba el Santísimo Sacramento; y el señor Cura que, sin duda, ignoraba la crecida del río, no debía venir hasta la mañana siguiente. Pero al día siguiente la capilla estaría ya debajo de las aguas.

No hay tiempo que perder. Es preciso recoger el copón y llevarlo a Rigny. Mas ¡ay!... la llave del tabernáculo se guardaba en casa el sacristán. Corre allí. La busca largó rato por todas partes. El tiempo pasa.

¡Por fin da con la llave! el niño se lanza a la calle; el agua llega hasta sus rodillas. Afortunadamente la capilla estaba un poco más elevada y hay que subir algunos peldaños para llegar hasta ella. Entra precipitadamente. Mas la crecida aumenta de una manera visible y rápida, y el agua penetra con él en la casa del Señor. Corre hacia el tabernáculo. Abre la puertecita, toma el copón y lo estrecha contra su pecho. Intenta salir, y el agua le cubre hasta la cintura. Inútilmente pretendería avanzar.

Con hondo pesar penetra otra vez en la capilla. Está siliado y prisionero con su Dios. Cuidadosamente y con reverencia coloca el copón sobre el altar y se arrodilla junto a la verja de la Comunión. Se apodera de su corazón un grande temor y siente mortales congojas. Si la crecida prosigue tendrá que morir solo allí.

¿Sólo? No, Jesús está a su lado junto él, mas no podrá recibirle en su interior y morirá sin haber hecho su primera Comunión.

Gruesas y copiosas lágrimas caen de sus ojos.

Árrancan de su corazón y pronuncian sus labios tiernas y fervientes súplicas... mas pronto invade todo su cuerpo un frío intenso. Sus vestidos están empapados y ha de soportar un peso enorme. Se apodera de él un fuerte temblor.... «Dios mío, Dios mío, no me abandónéis». Pasa en esta angustiosa situación una hora terrible...

Ruega...mas he aquí que el agua sube todavía hasta la mesa de Comunión.

Pedro avanza algunos pasos y se detiene al pie del altar. Transcurre otra hora interminable.

Ruega aún... más el agua sigue adelante.

—Perdonadme, Dios mío, si busco un refugio más cerca de Vos—dice, y de un salto sube al altar.

¡Oh! ¡qué horas tan largas!

La lámpara del santuario, casi apagada, extiende sobre la superficie de las aguas débiles rayos de luz suficientes para que el niño pueda darse cuenta del peligro que le amenaza.

Redobla el fervor de su oración... y el agua en sus movimientos de vaivén corre ya ligera sobre la mesa del altar.

Pedro toma el dorado copón y lo coloca entre sus brazos; sube así las gradas del altar hasta el retablo central y se acomoda en el estrecho espacio que ofrece el remate del tabernáculo. Pone al Dios de cielos y tierra junto a su corazón y le estrecha con fuerza.

Una idea se le ocurre. Si el agua adelantada un poco no hay manera, no puede subir más arriba; unas horas antes de morir ¿podría el mismo administrarse la sagrada Comunión?

Se hace la pregunta y no acierta a contestar.

El frío y el temblor se apoderan más y más de su cuerpo extenuado. Conoce perfectamente que está enfermo y siente que la fiebre le domina.

Toma asiento en el estrecho espacio que el agua ha respetado y se apoya contra el retablo. No cesa de orar y estrecha siempre contra su corazón el copón sagrado. Después, siente que sus fuerzas le abandonan, que un sueño pesado cierra sus ojos, y entonces, a pesar suyo, inclina suavemente la cabeza sobre su pecho.

A la mañana siguiente, al despuntar el alba, una barquilla tripulada por dos hombres, uno de ellos sacerdote, avanza lentamente y con grandes precauciones en dirección a Graverolles.

La puerta de la capilla había quedado abierta y en su parte más alta ofrecía paso todavía. Los dos hombres, un poco inclinados, podían penerar dentro con la barca.

Al instante advierte el sacerdote que en la parte más alta del tabernáculo mayor, que sobresalía por encima de las aguas, aparecía un niño inmóvil, pálido como una hostia, los brazos cruzados y la cabeza recostada sobre su pecho. El sacerdote le reconoce y le llama en alta voz:

—¡Pedro!., ¡Pedro!..

Nadie le contesta.

Manda que se aproxime la barca hasta el niño, y al tomarlo con cuidado entre sus brazos reparan que las manos

de Pedro amparan y sostienen el copón.

Con todas las precauciones posibles toma el copón y coloca al enfermo en el fondo de la barca.

Entonces abre el niño pausadamente sus párpados.

—Pedro—le pregunta el sacerdote—¿tienes frío?

El niño sonríe y le contesta.

—¡No!

—¿Tienes apetito?

Pedro sonríe nuevamente y pronuncia un sí resuelto que como silbido dulce y suave se desliza de sus labios rojos y ardientes.

—¿Quiéres un poco de pan y de vino para reanimarte?

Hace un signo negativo.

—¿Qué deseas, pues, querido Pedro?

Con un gesto débil, pero muy expresivo, señala el copón.

El sacerdote muy conmovido y adivinando el pensamiento del niño levanta su mirada al cielo y corren por sus mejillas algunas lágrimas.

—Si, Pedro querido, sí; el que ha salvado a su Dios, es muy digno de recibirlo.

Enseguida toma la Sagrada Hostia y la deposita en los labios del niño.

Este sonríe con expresión llena de dulzura, y cerrando los ojos prosigue su oración interrumpida por el sueño.

—Pronto, pronto—dice el sacerdote—volvamos a Rigny donde sus padres lloran creyéndote perdido.

La barca sale de la capilla y avanza lentamente a través del poblado luchando contra los obstáculos y deshechos de la tormenta.

Pedro se agita acariciado por los primeros rayos del sol naciente.

—¡Perdón!—exclama! —¡perdón, Dios mío!

—¡Ah! hijo mío—le dice el sacerdote—puedes descansar tranquilo; Dios te ha perdonado todas las faltas que hayas podido cometer.

—¡Perdón, repite el niño, perdón para mi maestro!..

—Y también por la Francia, Pedro, ¿No es verdad?

—¡Sí, sí, y por la Francia.

A estas palabras sigue una ligera conmoción, luego un suspiro, y el alma hermosa y pura de Pedro, el monaguillo, sube al cielo como una hostia expiatoria de su Patria culpable.

YAN DOR

EL HOGAR

El hogar no son piedras, son almas, el mueblaje no es oro, es cariño...

Si se quieren ¡qué ricos los pobres!

Si no se aman ¡qué pobres los ricos!

El amor inventó los hogares

y el amor de las aves los nidos...

Si se quieren ¡qué fresca es el agua!

el pan ¡qué exquisito!

No hacen falta en las mesas más flores

que las flores que pone el cariño...

O. P.

CHARLA

—Adios, D.^a Eulogia.

—Dios la guarde, D.^a Nicasia. ¡Tanto tiempo sin vernos!... ¿Qué me cuenta de bueno?

—Estamos en otros tiempos; ahora se dice: ¿qué me cuenta de malo?

—Pues los papeles dicen que «reina completa tranquilidad en toda España.»

—Los papeles con censura. Bueno, dejemos el tema porque se me alteran los nervios y pasemos a otra cosa. ¿Qué tal por casa?

—Sin novedad en la presente legislatura, salvo algún que otro altercado político entre mi esposo y mi cuñado, uno de izquierdas y otro de derechas.

—¿Extremos los dos?

—Le diré; el de la izquierda va desengañándose de muchas cosas y... plegó velas.

—Basta ver. Oiga otra cosa: por su casa ¿no hay diluvio de pobres... circunstancias? Ya me entiende.

—No me diga; día de veinte y más. Que necesitaría una la fortuna de un potentado para dejar a todos satisfechos y como eso no puede ser, pues que la ponen a una de insultos que atemorizan. Créame, muchas veces me pasa por la idea si serán pobres de verdad o gente de esa maleante de oficio.

—Hay más de ésto que de lo otro, por el modo que tienen de pedir y presentarse. Aquello de: «¡Ave María Purísima! ¡Una limosna, hermano, por amor de Dios!», que antes oíamos y nos recordaba una obligación sagrada, ya pasó a la historia.

—En mi casa estuvo uno de éstos, el otro día, no pidiendo con humildad sino exigiendo que le atendiese en el acto; le dije si quería un poco de comida, y me contestó, áspero, que dinero era lo que precisaba y no desperdicios de comida; le contesté, con amabilidad, que dinero no podía dar a tantos como iban viniendo y me salta, muy altivo: ya lo dará Vd. no tardando, eso y mucho más. Se fué blasfemando que era un horror.

—Ejemplos de esos y otros por el estilo, en cada casa, a escoger.

—En cada casa y en los caminos y en las puertas de las iglesias, donde van los beatos tontos, son sus palabras, véanse mujeres cargadas de niños... propios o prestados, para el mejor efecto, y a quienes pellizcan para que lloren y conmuevan.

—Una de éstas, el otro día, tuvo el descaro de presentar el suyo vestido con camisa roja, de una manifestación comunista a que acababa de asistir y pedía con muchos aspavientos a aquellos devotos que pocoantes habría insultado de lo lindo con puños en alto y... lo demás.

—Muchas señoras de las Conferencias de San Vicente han tenido que retirarse de muchas casas que socorrían porque los beneficiados las insultaban diciéndoles que eran... ¡unas explotadoras, que iban a engañarles con la religión!

—Se comprende; todos estos necesitados van a ser pronto propietarios, los van a socorrer quienes nunca se acordaron de ellos. Al tiempo.

—¡Pobres gentes! ¡Pobres pobres sin Dios, qué miserables son y cuán dignos de lástima.

—Lo triste es que hoy no quieren oír consejos de nadie.

—Volverán como la oveja perdida, y entonces....

—Qué hemos de hacer, atenderlos, siempre atenderlos, Jesucristo, Padre de todos, nos lo manda.

—Sí, son hermanos nuestros extraviados. Nosotros no devolvemos mal por mal, sino todo lo contrario: bien por mal.

—No obstante, estemos advertidos que al presente, esto de pedir, como se pide, es más que una necesidad, una industria, y nunca el católico debe pasar plaza de tonto.

—¡Ay, eso no!

—Hemos llegado.

—¿V. se queda aquí?

—En este comercio. Voy a comprar un traje para mi Paquito.

—¿Y V. sabe a quién va a dar la ganancia?

—Dígame.

—A un anticatólico rabioso, que se ríe de nuestras cosas cuando no ve la peseta en puerta.

—No lo sabía. A otro comercio de los nuestros.

—Me afirmé más en este modo de proceder cuando ví, en cierta ocasión, a una joven obrera que, habiendo comprado en una tienda unos pañuelos, al ir el comerciante a envolverlos en un periódico católico, por casualidad, sin duda, mandó que se los desenvolvieran en el acto y que no los quería por no contribuir a beatos ni beaterías. Son consecuentes.

—Más que nosotros. Le agradezco la lección.

—¿Es verdad, D.^a Eulogia, que Mano-

lito se ha divorciado y que se va a unir a otra mujer por lo civil?

—Es verdad.

—¡Cómo está el mundo!

Noticias

de otros años que valen de gran enseñanza para estos que padecemos

Traducimos de *La Veu de Catalunya*:

Cuando en el Paralelo se sucedían los cañonazos y las descargas de fusilería, vióse por allí arrinconada a una pareja de criaturitas, expuestas a ser acibilladas a balazos.

Acercóseles la Guardia civil y les preguntó por qué no se iban a su casa.

—En casa no hay nadie.

—¿Dónde están vuestros padres?

—Quemando conventos.

Las criaturas miraban azoradas a los guardias y no se movían.

—¿Qué tenéis?

—Hambre.

—Id a vuestras casas y allí comeréis.

—No comemos en casa.

—¿Pues dónde coméis?

—En el convento de las monjas de la calle de Aldamas.

Al visitar la Embajada mora días pasados el hospital de Carabanchel, los moros se negaban a entrar en una de las salas por temor de ofender con su presencia los sentimientos religiosos de las hermanas de la caridad, decidiéndose a entrar en el departamento en vista de las reiteradas

y continuas instancias de sus acompañantes.

Pero los moros, los representantes de un país inculto y atrasado, destocaron completamente sus cabezas—cosa que nunca hacen—en señal de respeto, y ante cada una de las humildes siervas de un Dios que no es el suyo hicieron una profunda reverencia; ¡los representantes de un pueblo semibárbaro tributando un homenaje a esas santas mujeres, no siempre respetadas en los países llamados civilizados! ¡Cuán grande será la majestad de que su abnegación las rodea y qué abrumadora para cualquier hombre la presencia de la virtud encarnada aún en el más fragil vaso.

La prensa francesa viene hablando estos días de la propagación del suicidio entre los niños que asisten a las escuelas oficiales (laicas) de aquella 'república, y con este motivo, un periódico, *Le Petit Patriote*, recuerda lo que dijo el diario *Le Journal des Instituteurs*, (que, como su nombre indica, trata solo de cuestiones de enseñanza).

He aquí lo que sobre el suicidio opinaba el tal *Journal*.

—«¿Qué debemos hacer?—decía—cuando hemos llegado a faltar a nuestros deberes? Si la falta es tan grave que afecta a nuestro honor, debemos resueltamente preferir la muerte a la deshonra. Hagámonos justicia a nosotros mismos, y si no tenemos valor, entreguémonos a los tribunales. El castigo por propia mano es el más digno; pero, por ser tan riguroso,

Folleton de RELIGION Y PATRIA (89)

¡Cuidado, sacrílegos!

mos que nuestro compañero se dejase llevar de su encono contra la anciana, y acabamos penosamente la jornada no sin haber reñido entre nosotros muchas veces. Aquella misma tarde nos incorporamos al regimiento y pocos días después nos hallábamos frente al enemigo. Confieso que yo iba a la batalla sin entusiasmo, y que pensaba en la estatua de la Virgen más de lo que hubiera deseado. Sin embargo, todo salió bien; conseguimos notables ventajas sobre el enemigo, distinguiéndose Tomás por su denuedo.

La batalla había concluido, los enemigos huían derrotados y el coronel había ordenado que cesase la persecución, cuando de lo alto de una roca salió un tiro que pareció bajado del cielo. Tomás giró sobre sí mismo y cayó rígido de bruces en tierra.

Francisco y yo nos abalanzamos para levantarle, pero era ya cadáver. La bala se había clavado en la frente entre los dos ojos, en el mismo lugar en que él había

herido pocos días antes a la sagrada imagen. Francisco y yo más pálidos que la misma muerte, nos miramos sin articular una sola palabra, volvieron a resonar en nuestros oídos las fatídicas palabras de la anciana.

En el campamento, Francisco estaba cerca de mí, y no pudo dormir en toda la noche. Yo esperaba que me hablase para aconsejarme que rezase alguna oración, pero guardó silencio, y yo no me atreví a traer plática sobre lo que nos preocupaba y nos tenía desvelados.

A la mañana siguiente el enemigo volvió con nuevos bríos a presentarnos batalla. Apenas lo hubimos divisado, estrechándome Francisco la mano, me dijo:

—¡Hoy me toca a mí! ¡Dichoso tú que tuviste mala puntería!

El infeliz sacrílego no se engañó. Esta vez fuimos vencidos, y cuando el ejército francés se iba batiendo en retirada, se oyó un tiro salido de un hoyo, donde yacía un español mortalmente herido, y Francisco cae con el pecho atravesado de parte a parte.

¡Oh doctor, que muerte aquella!

Rovoliéndose en un charco de sangre, pedía a grandes voces un sacerdote, pero los que estaban junto a él se encogieron

de hombros y lo dejaron expirar, abandonándole en medio del camino.

Yo quedé aterrado, y en la persuasión de que no tardaría en tener la triste suerte de mis compañeros, resolví confesar mi sacrilegio al primer sacerdote que encontrase; pero viendo que en varios acontecimientos la fortuna no se mostraba adversa, se disiparon poco a poco mis temores y mis buenos propósitos.

Cuando se nos comunicó la orden de regresar a Francia, era yo sargento, y no pensaba en el crimen, ni en mi arrepentimiento, ni en el castigo. Pero de todo me acordé al pasar la frontera. Estábamos a una jornada del pueblo de la imagen, y he aquí que por un accidente inexplicable se se le dispara el fusil a uno de nuestros soldados, la bala fué a clavarse aquí donde usted ve.

Así se cumplió la profecía de la anciana, que nos dijo después del sacrilegio (aun me parece que la oigo): «Vais a la guerra, pero enteded que la nefanda acción que acabáis de cometer será fatal para vosotros».

Mis dos camaradas habían muerto, yo regresaba herido. La llaga, sin embargo, no parecía ofrecer gravedad, y el mismo cirujano me pronosticó que en breve sal-

